

“El Señor Gobernador Vidaurri, olvidándose de los deberes inherentes á su puesto, no ha prestado el menor auxilio en la terrible crisis que ha atravesado últimamente la antonomía de México. Frío, indiferente, egoísta, cual si se tratara de una causa con la que nada tuviera que ver el Estado de su mando, ha dado lugar á que los periódicos intervencionistas proclamen á voz en cuello, día por día, y refiriéndose á sus actos, que es partidario secreto de la Intervención, por la que no tardará en declararse, luego que se le presente la oportunidad de hacerlo. Su *Botetín Oficial*, tan quisquilloso en otras materias, se ha desentendido descaradamente de tan ignominiosa acusación, sin que ni una sola vez haya estimado conveniente desmentirla.¹

¹ Iglesias, Revistas históricas, Tomo 2º pág. 246.



CAPITULO III.

Reminiscencia histórica.—“El 5 de Mayo.”—Entusiasmo con que fué celebrado en la Capital, no obstante la ocupación extranjera.—Fallecimiento del Padre Miranda.—Desembarque de los Archiduques en Veracruz.—Frío recibimiento con que se les acogió.—Impresión dolorosa que este suceso causó en la emperatriz.—Proclama de Maximiliano.—Aclaraciones.—Protesta de varios veracruzanos.—Llegada de Almonte al Puerto.—Salen los soberanos para el interior del país.—Llegada á Córdoba.—Id. á Orizaba.—El cura del Naranjal les presenta á dos jóvenes indígenas que los felicitan.—Salida para Puebla.—Su llegada á la ciudad de Zaragoza.—Fiestas en su obsequio.—Decepción de los conservadores.—Palabras del Dr. don Francisco J. Miranda.—Visitan las poblaciones de Cholula, Huejotzingo y Tehuacán.—Su marcha para la Capital.—Solemne recepción.—Carta pastoral de los preladados mexicanos.—Comentarios.—Publicación de documentos importantes.—Instalación del Gobierno imperial.—Reflexiones.—Recuerdos de la República.—Comparaciones y consecuencias.

A pesar de la ocupación de México por el ejército invasor, el “5 de Mayo,” esa fecha de tan gratos recuerdos para los patriotas, fué solemnizada con inusitado entusiasmo en dicha ciudad, los mismo que en las demás poblaciones que se hallaban libres de la dominación extranjera.

En la Capital, esas demostraciones asumieron un carácter que podemos llamar excepcional, pues el espíritu público, no obstante la presión en que se hallaba, por las bayonetas francesas, se abrió paso y estalló en elocuentes aclamaciones, indicio cierto de su valor y civismo, que la tiranía del invasor y las desgracias de la patria no habían hecho más que excitar.

La calle que lleva ese glorioso nombre, “5 de Mayo,” amaneció el día mencionado cubierta de guirnaldas y otros adornos; y en las es-

quinas de otras muchas de las principales, aparecieron letreros con salutations á los héroes de esa brillante jornada y vivas á la Independencia.

Varias señoras, vestidas de luto, y ceñidas con bandas tricolores, fueron á colocar ramos de flores y coronas de siempreviva en la tumba del inmortal Zaragoza, que humilló el orgullo francés, poniendo muy alto el nombre de nuestra patria.

En un campo contiguo, se improvisó un baile popular, que duró hasta la entrada de la noche, para celebrar esa fiesta nacional, á que se consagraba aquel recuerdo, y se hicieron otras manifestaciones de gratitud y simpatía, en las que tomaron participación las clases todas de la sociedad.

Los franceses no creyeron oportuno impedir tales expansiones del patriotismo, que aparentaron mirar con desdén supremo; y únicamente su prensa se redujo á publicar algo que quizo aparecer con el carácter de burlesco, pero en lo que se transparentaba el odio y el despecho en contra de un acontecimiento memorable, consignado en nuestra historia con caracteres indelebles.

Otro suceso tenemos que consignar aquí:

El día 7 del mismo Mayo, falleció en Puebla el famoso Dr. Don Francisco Javier Miranda, uno de los principales corifeos de la reacción y del partido intervencionista.

En el curso de estos apuntamientos hemos dicho lo bastante acerca de ese personaje, que tanto trabajó en pro de sus ideales, de retroceso y fanatismo, y que bajó á la tumba, sumamente decepcionado, de no ver coronados sus esfuerzos de manera satisfactoria, pues tanto él como sus obcecados compañeros, esperaban cosas muy distintas del resultado de la invasión, cuya política liberal vino á echar por tierra las esperanzas y locos devaneos de los incorregibles conservadores.

Nacido más bien para revolucionario que para ministro de una religión de paz, de amor y de caridad, abandonó el altar, y se consagró asiduamente á los peligros y las rudas tareas del conspirador, en cuyo desempeño desplegó admirables dotes, pues era activo, infatigable, audaz; por lo tanto, su muerte fué una pérdida irreparable para sus correligionarios, que la sintieron hondamente.

Hecha esta pequeña, pero necesaria digresión, seguiremos el curso de nuestro relato.

Dejamos á los Archiduques surcando las ondas del proceloso mar, en dirección á nuestro país; con efecto, en virtud de ese viaje, que nada ofreció de notable durante la feliz travesía, la caravana imperial arribó á Veracruz á las dos de la tarde del día 28 de Mayo, en cuya ciudad entró Almonte á las cinco, é inmediatamente fué á bordo, donde lo recibió el Emperador, lo mismo que al Prefecto del Departamento, al Municipal, al Ayuntamiento y á las autoridades y corporaciones civiles y militares.

El 29 á las seis de la mañana, desembarcaron los Soberanos, y fueron recibidos en la puerta principal del muelle por los generales Almonte y Salas y por el Prefecto Municipal Don Salvador Carrau, quien les entregó las llaves de la ciudad, primorosamente trabajadas y colocadas en una bandeja de plata: anduvieron desde luego varias calles de la ciudad, dirigiéndose á la estación del ferrocarril.

La recepción fué muy desairada, y estuvo tan fría que la Emperatriz, impresionada vivamente, se afectó hasta el punto de llorar: los historiadores Arrangoiz y Keratry, atribuyen esa peripecia *tan dolorosa* á la circunstancia de que dominada, según ellos, aquella ciudad por comerciantes extranjeros, éstos eran naturalmente enemigos del Imperio, pues temían que con el advenimiento del nuevo Gobierno, cesara el desorden producido por los cambios políticos que les proporcionaban la oportunidad de hacer, aunque fraudulentamente, rápidas y cuantiosas fortunas.

No creemos satisfactoria esta explicación, pues los comerciantes aludidos no eran tan poderosos é influyentes que impidieran cualquiera manifestación de entusiasmo en pro de los soberanos, y más cuando el estado político de la Nación inspiraba serios temores á esas personas, que tenían que resentir en sus intereses lo precario y crítico de la situación; no: lo que hubo fué que la población del Puerto, enemiga de las nuevas instituciones, manifestó su desagrado de la manera indicada, sin que en esa su conducta entrara otro móvil que la expresión de un justo y legítimo sentimiento, de lo cual podría ser una prueba la enérgica protesta que multitud de veracruzanos formularon uno de esos días en la ciudad de Teziutlán, punto de su obligada residencia, declarándose en contra del Gobierno que se trataba de implantar.

El manifiesto de que se hacía mención en el artículo 1º del tratado

secreto de Miramar, "para hacerle saber al pueblo que aprobaba las promesas y los principios enunciados en la proclama del general Forey," no fué publicado por Maximiliano en Veracruz, pues éste, según refiere Arrangoiz, oyendo los consejos de Almonte y Velázquez de León, se abstuvo de hacerlo, teniendo en cuenta para obrar así, el temor que se le hizo concebir de que con la tal publicidad, "no se le habría recibido con entusiasmo en el Interior; no hubiera hecho el partido conservador ningunas demostraciones, y le habría recibido con más frialdad que en Veracruz, retirándose enteramente;" pero si bien no hubo Manifiesto, el Archiduque lanzó en cambio una proclama en que decía: que México lo había llamado por una mayoría espontánea, y aunque con pena, había tenido que obsequiar ese llamamiento, abandonando su querido país natal, firmemente convencido de que el Todopoderoso le había señalado la noble misión de consagrar toda su fuerza y corazón á un pueblo que, fatigado de combates y de luchas desastrosas, deseaba sinceramente la paz y el bienestar; á un pueblo que habiendo asegurado gloriosamente su independencía, quería ahora gozar de los frutos de la civilización y del verdadero progreso.

Hablaba en seguida de principios de inviolable é inmutable justicia; de igualdad ante la ley; de caminos abiertos á cada quien para toda carrera y posición social; de completa libertad personal bien comprendida, y agregaba estos notables conceptos: "*La bandera civilizadora de la Francia, elevada tan alto por su noble Emperador, á quien vosotros debéis el renacimiento del orden y la paz, representa los mismos principios. Esto es lo que os decía en el lenguaje sincero y desinteresado, hace pocos meses, el Jefe de sus tropas, como anuncio de una nueva era de felicidad.....*"

Como puede verse, el escrito anterior contenía palabras y envolvía conceptos que se prestan á los más serios comentarios.

Maximiliano decía de la manera más formal, y no obstante que era desconocido de los mexicanos, que se le había deseado, y que una mayoría espontánea lo había designado para regir nuestros destinos.

Los lectores saben de qué manera se improvisó el sufragio popular, en favor del Imperio, en la parte pequeña en que este ejercía su dominación al verificarse aquél; y deben haber quedado estupefactos ante la solemne declaración hecha por el *Ungido del Señor*, de haber sido señalado por el Todopoderoso para hacer nuestra felicidad.

La proclama de Forey, al ocupar la Capital, documento que tanto escoció á los intervencionistas, recibió esta vez su más plena sanción, constituyendo tal hecho la reprobación de la conducta de un partido, que ciego por la pasión y alimentando una ambición loca, corría desalentado á celebrar su derrota.

Ya desde Puebla la desconfianza empezaba á enseñorearse de los conservadores, pues según dice Arrangoiz, "algunas frases del Emperador dirigidas en la referida ciudad á los republicanos, respecto de libertad de cultos y de los frailes; el no ver la cruz sobre la corona del escudo de armas; el no titularse monarca por la gracia de Dios, y el haber dejado su primer nombre tan español," infundieron desconfianza á los individuos de más importancia del partido expresado, á quienes, con su profundo conocimiento de los hombres les había manifestado el Padre Miranda, cuando volvió de Miramar, *que se había errado en la elección para Soberano; que había quedado muy descontento de la conversación que tuvo en Miramar con S. M., que le parecía hombre de carácter ligero.*

Sentado lo que antecede, que cada quien juzgue á los conservadores de la manera que pueda.

De Veracruz salieron para Córdoba S.S. M.M.: la rotura del carruaje en que viajaban hizo que la entrada en esta población tuviera verificativo á las dos de la madrugada, lo cual no impidió el que las demostraciones de regocijo y simpatía se hubieran manifestado ostentadamente; y después del *Te Deum*, recepción de autoridades y demás actos de cordialidad por parte del vecindario, siguieron para Orizaba, en donde encontraron la misma y magnífica acogida.

Allí se presentó á los Soberanos el cura del pueblo del Naranjal, acompañado del Alcalde y de dos jóvenes indígenas: este funcionario les dirigió en idioma *nahuatl* un discurso, que tradujo inmediatamente Don Faustino G. Chimalpopocatl, y al día siguiente continuó la marcha hacia Puebla, adonde se llegó el 5 de Junio.

En su oportunidad, las autoridades de esta población empezaron á hacer los preparativos necesarios para la recepción; y al efecto, Don Fernando Pardo que fungía de Prefecto Político del Departamento, con fecha 29 de Mayo anterior, había expedido el programa de las fiestas que iban á tener verificativo.

Este ordenaba, entre otras cosas, que la casa de campo de Xonaca